

# LA PSICOLOGIA DEL JUGADOR DE RUGBY

DR. A. ALTISENCH.

El español, con su temperamento un poco anárquico, con un despierto sentido crítico, su aversión al mando y a la disciplina colectiva, es en consecuencia el individuo menos indicado como jugador de rugby y por tanto ¿no ha dado él un estilo particular en este deporte que nos ha valido grandes satisfacciones tanto en el plano nacional como el internacional?

Hay una paradoja que nos llama a la reflexión.

Pedimos a un muchacho que dé todas sus fuerzas físicas y morales en la lucha, en el sentido estricto del juego colectivo y en el a veces demasiado fogoso ambiente del campo de juego.

Ningún juego de equipo pide tanto ardor y generosidad en el esfuerzo, de espíritu de camaradería, de disciplina, de sangre fría, de respeto a las reglas, complicadas y a menudo mal interpretadas.

Estas reglas sacrosantas del rugby, son respetadas y defendidas por un hombre, de quien todas sus decisiones, sin discusión, tienen una gran autoridad y soberanía.

Pero no es verdad, que son sus condiciones y sus contrariedades que hacen la grandeza del juego del rugby y su valor educativo.

Planteándose así el problema, nosotros estudiaremos sucesivamente la psicología individual y colectiva del jugador de rugby.

En ningún otro deporte individual o colectivo, existe una oposición tan marcada entre la fuerza física que se necesita y la obligación de una disciplina tan estricta.

El jugador por tanto se desarrolla entre dos polos, la agresividad de una parte y el control de sí mismo por otra.

No hay un perfil psicológico único en un equipo, podemos encontrar todos los tipos psi-

cológicos, al igual que encontramos todas las condiciones sociales.



La infancia es el símbolo del futuro. Hemos de creer en las escuelas de rugby.

Podemos conocer muchas cosas de nuestros jugadores, si los observamos directamente frecuentando el campo de juego, al borde de la «touche» y en los vestuarios, donde nuestra presencia será al mismo tiempo de consuelo y de estímulo para ellos, preguntando discretamente a los cuidadores, entrenadores y educadores, así como sus «viejos» adictos, siempre presentes en todos los partidos y que existen en todos los clubs, ellos saben más del equipo que los mismos miembros de la directiva.

“Ap. Med. Dep.”, vol. XIII, n.º 49, 1976.

Podemos clasificar los diferentes tipos psicológicos que encontraremos en nuestros juniors y seniors, de una manera práctica dejando aparte las clasificaciones de tipo científico, de esta manera podremos distinguir el ambicioso, el buen chico, el flemático, el apasionado, etc.

Sea cual fuere la dificultad de agrupar estos tipos de origen tan diverso, de cultura, de profesión, de temperamento y de carácter, sería necesario darles un fin común, una técnica individual más o menos asimilada y una técnica colectiva que es la estrategia del rugby, un resultado, una unánime voluntad de jugar bien y de ganar, esta es la meta difícil del capitán, del entrenador y del directivo.

De todas maneras, existe un tipo psicológico que habría de ser eliminado a todo precio. Es el que yo llamo «la oveja negra», es decir el individuo amoral, el hipócrita, el reivindicador, el que siempre discute, el mal compañero, el que se cree líder, pero en verdad es un líder negativo, aunque sea un jugador de gran categoría, aunque sea internacional, un hombre así puede contaminar todo un equipo, poner en peligro la temporada e incluso el porvenir del club.

Hablemos ahora de la psicología colectiva, es decir la psicología de grupo: el equipo.

Antes de empezar un partido importante, el observador atento que frecuenta los vestuarios, puede remarcar que el sentimiento que domina es la ansiedad.

Este sentimiento que no observamos nunca en un partido amistoso, es incompatible con el carácter del juego, de descanso físico y moral que debería guardar siempre el rugby.

En general la mayor parte de los jugadores son liberados de esta ansiedad en el momento de empezar el partido, pero esto no ocurre con todos. Y yo me acuerdo de un «pilier» que no era realmente el mismo hasta después de la primera «melée» cuando había tenido el primer contacto y a veces algo brusco con su adversario.

Esta desagradable ansiedad es a menudo aumentada con los comentarios y las habladurías intempestivas de una gran cantidad de personas sin tacto, que son siempre muy numerosas en los vestuarios y que sería necesario eliminar de una vez.

La ansiedad puede producir y propagar el pánico entre los jugadores e incluso algunos días antes del partido.

Son muy convenientes las reuniones en el club, o sea reunir a los jugadores en un lugar para hablar del partido a celebrar, y crear así un clima de victoria, con sus proyectos de jugadas y las cosas que harán cuando se juegue, todo esto con responsabilidad, pero mantenien-

do el buen humor y la camaradería que ha de conducir al mismo fin, unión, sacrificio y deseo de victoria. Estas reuniones son muy importantes, aunque sean una o dos por semana. Se ha de crear un ambiente sano para que el jugador piense durante la semana en el partido.

Esto les hará pensar un poco en la responsabilidad que tienen con el club y con sus compañeros, así como el entrenador y los directivos.

Las relaciones con estas personas han de ser cordiales, para poder explicarlas con toda confianza e intimidad todos los problemas que se le presenten, tanto psicológicos, como morales,



Observar las actitudes llenas de espontaneidad. Quizá el balón ovalado sea un poco grande para ellos, pero este detalle será fácil de corregir.

económicos, laborales, etc. Ningún jugador debe salir al campo con preocupaciones de tipo familiar o laboral. Estas se han de resolver antes y si no está capacitado para resolverlas, son estos amigos que lo harán por él.

La preparación psicológica tiene mucha importancia, y se debe hacer una semana antes del partido. Se ha de hacer un esfuerzo para

que comprendan la responsabilidad, hablando individualmente con cada uno de los jugadores y después en conjunto. El lenguaje es diferente según el jugador, pensar que las reacciones del individuo son diferentes, por no decir contradictorias. A un jugador se le puede decir: fumas demasiado, bebes en exceso, crees que porque eres joven puedes con todo. Esto no se puede decir delante de los demás.

En el rugby, el grupo son los delanteros, son la piedra de toque, son el motor de la lucha colectiva. Allí sí que hay problemas, el más importante la incompatibilidad.

Se dice que cuando hay contacto cuerpo a cuerpo en un grupo se crean oposiciones. Es en el deporte cuando existe conexión. Por esto es un fenómeno importante que esta unión sea la base de la fuerza de la «melée».

Es conveniente llegar a los vestuarios una hora antes del partido, en aquel momento lo importante es no hablar del partido, se van equipando hablando de cosas intrascendentes, haciendo bromas, etc. Acto seguido el precalentamiento con los ejercicios propios de cada entrenador.

Entonces es cuando se puede hablar de lo que han de hacer, de las dificultades que encontrarán, no se hablará de la derrota, ni de la frase «si se pierde», pensar que el jugador está, como hemos dicho antes, en un estado de ansiedad, que se manifestará en unos con vómitos, en otros con el «pipí del miedo», etc. Se elimi-



Poca cosa se puede hacer en el descanso, que es tan sólo una pausa de cinco minutos sin salir del terreno de juego.

narán las evasivas que el jugador procurará hacer, como las de: había mucho ruido en el hotel, los pantalones eran pequeños, hacía mucha calor o mucho frío, etc.

¿Qué se puede hacer durante el descanso?

Pues no gran cosa, porque en el rugby, el descanso en la media parte del partido es tan sólo una pausa de cinco minutos, el reglamento prohíbe a los jugadores salir del terreno de juego.

Es igualmente prohibida la entrada al campo de cualquier persona, excepto el cuidador y el médico, además los jugadores en este momento están tan excitados e irritables que son incapaces de escuchar cualquier consejo.

Actualmente gracias a la técnica moderna, se ha intentado poner en contacto los elementos técnicos con el capitán del equipo, pero sin resultado práctico.

El médico en este caso puede hacer algo, los jugadores estarán más tranquilos si saben que está en el banquillo dispuesto a ayudarlos en cualquier adversidad.

El papel más importante, es después del partido, en caso de ganar, es sencillo, sólo consiste en calmar las manifestaciones de alegría demasiado ruidosas e incorrectas con respecto al adversario derrotado, pensar que el respeto al adversario es un imperativo absoluto.

En el caso de derrota, este papel es mucho más importante y delicado. Es necesario remontar la moral, impedir los rencores entre los jugadores, no se ha de permitir a los vencidos buscar la cabeza de turco entre sus propios compañeros, o que den la culpa al árbitro.

De esta derrota han de salir las condiciones psicológicas hacia próximas victorias, manteniendo al mismo tiempo la unión del grupo. A veces de tanto negar la realidad y de tanto perder, se ha olvidado de lo mismo: saber perder. Se sabe conformar y resignar con la derrota, pero nunca aprendiendo de ella —única manera de saber perder— corrigiendo el error para poder ganar.

Un internacional irlandés ha escrito: «No es necesario ser un psicólogo diplomado para comprender los problemas de los jugadores, es suficiente ser humano y un poco inteligente, sensible es la palabra adecuada.

Habrían más cosas que decir sobre el estudio de grupo, sería necesario por ejemplo, estudiar la diferencia de las psicologías regionales, pero esto es tema de otros trabajos.

Podemos también insistir sobre las dificultades psicológicas internas, bastante simples en lo que concierne a las líneas traseras, conflictos a menudo más difíciles de solucionar entre los medios, dificultades máximas para el paquete de delantera, donde el esfuerzo es permanente, en una sumisión a la táctica y a la regla. «Un pack es un contagio» ha dicho MIAS.

Muchas veces hemos repetido este axioma británico que el rugby es un juego de canallas que tiene que ser jugado por caballeros.

De esto estamos todos convencidos, pero esto supone que nuestra psicología desemboca a una moral, a una ética del rugby, en consecuencia a una educación que tendría de empezar muy pronto en la escuela de rugby.



Se ha intentado por medios electrónicos, poner en contacto los técnicos con los jugadores, sin resultado práctico, además de ser antirreglamentario.

Es suficiente asistir, a algún partido de campeonato para saber lo lejos que estamos de esta noble concepción de nuestro deporte. De esto directivos, entrenadores y médicos, somos todos responsables.

El libro de ANDREW MULLIGAN nos dice: «El rugby no es solamente un juego, es una

manera de ser». Esta definición me gusta mucho al igual que esta otra: «El rugby está animado de un movimiento pendular que oscila constantemente entre el individuo y su comunidad (el equipo) y que nunca encuentra su puesto de equilibrio».

Los jugadores están sujetos a las mismas reacciones que los otros hombres y también son sensibles a las críticas como cualquier artista.

La técnica a veces puede ser reducida a nada debido a la personalidad de ciertos directivos y capitanes.

Esta psicología que se puede llamar de ambiente depende de muchos factores.

- 1.º Cualidades propias de los directivos.
- 2.º Cualidades propias de un cierto número de jugadores.
- 3.º Cualidades de los resultados deportivos.
- 4.º Depende del ambiente humano: seguidores, periodistas, etc.

Los directivos están psicológicamente en la situación del padre con respecto a su hijo, pueden tener un papel animador o por el contrario, cristalizar contra ellos una oposición. Ellos tienen por lo tanto un papel positivo o negativo.

Todo capitán debe crear respecto a sus compañeros, un sentimiento de superioridad, pero sin demostrarlo, para que sus compañeros de equipo no se sientan defraudados.

Para practicar un juego colectivo, para jugar totalmente, para encontrar la alegría de jugar, hace falta al equipo un jefe, un líder positivo que sepa dar el ejemplo, poner a cada uno en su sitio y así ganarse el afecto de todos los jugadores, que sea responsable de él mismo, y que esté siempre en cabeza del combate en todos los momentos difíciles.